



## Los caminos iniciáticos, sus niveles y los peligros del sendero espiritual

Andrés Yañez

Desde mis primeros pasos en la búsqueda espiritual, he escuchado hablar de *iniciación*: la idea de un camino iniciático que transforma radicalmente al individuo. Con el tiempo comprendí que existen distintas etapas o niveles en ese sendero – ya sea en tradiciones orientales como en las occidentales – y que cada etapa conlleva riesgos y responsabilidades particulares. Reflexionaremos esos niveles iniciáticos y los desafíos que enfrentan tanto discípulos como maestros en el proceso. Abordaremos conceptos de escuelas orientales (como *pasú*, *virya*, *divya*, *kaula*, *siddha*) y sus contrapartes u analogías occidentales, occidentalizando la perspectiva cuando sea pertinente. Examinaremos la tentación de creerse “más allá” de la moral común – la idea de una *supra-moral* del iniciado – frente a la *torcedura* que sufren los *pseudo-maestros* no auténticos, presa del *hubris* (arrogancia espiritual).

La senda iniciática promete nada menos que la liberación del ser o la realización de una realidad más alta. Sin embargo, desde tiempos inmemoriales ha habido personas que se han engañado a sí mismas al creer que pueden encontrar senderos convenientes para la realización espiritual, ignorando que el Sendero hacia la Perfección es arduo y exige un cambio interno radical. Muchos buscan atajos, y surgen pseudo-maestros que prometen logros fáciles a cambio de lealtad ciega. Mientras tanto, los verdaderos guías – aquellos sabios e iniciados auténticos – rara vez andan proclamándose, y no les interesa la popularidad, guiando solamente a quienes están dispuestos a liberarse enteramente de sus inclinaciones comunes y deseos personales para servir a los demás. Esta diferencia fundamental entre lo auténtico y lo falso es uno de los ejes de los peligros que examinaremos.

En las siguientes secciones, describiré primero los “niveles” clásicos del buscador espiritual tal como los presentan ciertas tradiciones iniciáticas orientales, comparándolos con visiones de Occidente. Luego profundizaré en la noción de estar “fuera de la ley” o más allá de la moral convencional que algunos atribuyen al adepto avanzado, aclarando sus significados y malas interpretaciones. Finalmente, analizaré los peligros y pruebas tanto para el iniciado (discípulo) como para el maestro, ilustrando cómo la sombra del *hubris* y el *narcisismo espiritual* pueden desviar incluso a aquellos en la senda – o a quienes pretenden estar en ella.

### Niveles del buscador: de *pasú* a *divya* (y más allá)

Diversas tradiciones espirituales han clasificado a los practicantes según su grado de desarrollo interno. En ciertas escuelas del tantrismo hindú (particularmente del *śivaísmo tántrico*), encontramos una triple tipología clásica: *pasú*, *vīra* (o *virya*) y *divya*. El filósofo e iniciador Julius Evola, al resumir estas enseñanzas antiguas, explica que esta clasificación distingue tres tipos de hombres con características espirituales muy distintas. *Pasú* significa literalmente “animal” – designa al “*hombre-animal*”, aquel individuo dominado por el cuerpo, los sentidos y los instintos básicos. El *pasú* vive atado (*pasú* proviene de la raíz sánscrita *pac*, “atar”), no solo a sus impulsos más primarios, sino también a las convenciones

sociales y morales externas: es *el ser humano común, conformista*, que actúa por hábito o miedo y permanece “*pasivamente bound by concerns sociales y morales*”. En la visión tántrica, la mayoría de la humanidad en esta era oscura (*Kali Yuga*) se compondría de *pasús*, ligados a una conciencia ordinaria. Esto no significa que el *pasú* sea “malo” en sentido moral –de hecho suele ser religioso o virtuoso según las normas– sino que no ha despertado aún su conocimiento interno y actúa dentro de límites convencionales.

El siguiente tipo es el *vīra* (en ocasiones escrito *virya*, emparentado con la raíz latina *vir*, varón/virtud), literalmente “héroe”. El *virya* representa a un aspirante heroico, el guerrero espiritual. En palabras de Evola, “*no describe a un hombre ordinario, sino a un hombre eminente... de naturaleza viril y heroica*”, asociado a cualidades de fuerza, valentía e indiferencia al peligro. En términos psicológicos, al *virya* lo impulsa una energía activa (*rajas*), a diferencia de la pasividad (*tamas*) del *pasú*. Podemos pensar en el *virya* como aquel buscador que ha despertado su anhelo de liberación, aunque todavía lucha contra la confusión e ignorancia inicial. Es el guerrero que lucha por despertar y liberarse de este mundo material para realizar su Espíritu. Aún puede tener dudas o estar “más o menos confundido”, pero *no se conforma* con la existencia común: emprende prácticas y rituales esotéricos, desafía límites, busca el conocimiento oculto (*vidyā*) y la transformación de sí mismo. Los textos tántricos señalan que solo personas con naturaleza de tipo *virya* (o superior) son aptas para las exigentes disciplinas del *sādhana* y el yoga esotérico, mientras que a los *pasú* se les desaconseja tales prácticas avanzadas.

Por último, está el tipo *divya*, término que deriva de *deva* (“deidad” o “ser de luz”). El *divya* es el hombre de naturaleza divina, aquel en quien el Espíritu (el *Ātman* interno) se ha despertado plenamente y reina de forma absoluta. Representa *el hombre perfecto en esta clasificación*, alguien que ha trascendido las limitaciones de los *gunas* (cualidades materiales) y cuya esencia es pura *sattva* (luminosidad, armonía). En el *divya* o *deva*, la conciencia divina no es ya una meta remota sino una realidad presente: vive en un estado de realización, unidad con lo trascendente. Podríamos compararlo con el *adepto* consumado en lenguaje occidental, o con el *maestro iluminado* en términos místicos generales.

Cabe mencionar que algunos textos añaden un nivel más allá del *divya*. El *Kularnava Tantra*, por ejemplo, habla de un cuarto estado: el *Kaula*, considerado “lo más supremo”. *Kaula* (de *kula*, clan o familia) se refiere en sentido estricto a quienes pertenecen a una cadena iniciática tántrica particular, una “gran familia” espiritual donde se transmite la *Shakti* o poder divino. En términos prácticos, denomina a los adeptos que han ingresado en la *vía Kaula*, una tradición tántrica radical que integra completamente a Shiva y Shakti (lo masculino y lo femenino divinos) en la experiencia. Ser un *Kaula* implica haber alcanzado una realización tal que el iniciado es parte consciente de la “familia de la diosa” – es decir, se reconoce a sí mismo como divinidad en unión con la energía universal. Algunos autores consideran que *Kaula* es sinónimo del grado más alto de adepto, aquel que ha cumplido todas las etapas: en esta visión, el *Kaula* verdadero sería el *siddha* definitivo.

El término *siddha*, precisamente, también aparece en estas enseñanzas. *Siddha* en sánscrito significa “*perfeccionado*” o “*consumado*”, y se aplica a los que han logrado la *siddhi* o perfección espiritual. Evola lo equipara al concepto de “adepto”. Tradicionalmente se dice que los *siddhas* poseen poderes extraordinarios (*siddhis* paranormales) como fruto colateral

de su logro, aunque para el verdadero sabio esos poderes no son la meta en sí misma sino un subproducto. En la jerarquía tántrica descrita, se menciona al *siddha-virya* como aquel héroe que ya alcanzó la perfección – prácticamente equivalente a un *divya* o *kaula* consumado. Un antiguo aforismo declara: “*Nada está prohibido al siddha-vira auténtico, puesto que él es (Consciencia) y sabe (Verdad)*”. Esto nos lleva al delicado tema de la libertad absoluta del adepto y cómo debe entenderse correctamente.

Antes de profundizar allí, conviene notar que esta idea de etapas iniciáticas tiene ecos en Occidente. Desde los antiguos Misterios y escuelas neoplatónicas hasta órdenes más recientes como la *francmasonería* o la *Rosacruz*, se ha sostenido que el buscador pasa por grados sucesivos de iniciación. Por ejemplo, la francmasonería simbólica habla de Aprendiz, Compañero y Maestro como grados que también aluden a un progreso moral-espiritual. En la tradición teosófica, se distingue al *chela* (discípulo) en período de prueba, luego al discípulo aceptado, más adelante al *iniciado* en varios grados, hasta llegar al adepto o *Maestro de Sabiduría*. Edouard Schuré, en su clásico *Los Grandes Iniciados*, estudió la vida de figuras como Rama, Krishna, Hermes, Moses, Orfeo, Pitágoras, Platón o Jesús, considerándolos hitos de una *historia secreta de las religiones* donde subyace una sabiduría perenne transmitida a través de iniciaciones. Aunque los sistemas difieren en términos y símbolos, la noción de que hay que trabajar internamente para pasar de lo “profano” a estadios superiores de consciencia es común en muchas culturas. Un denominador repetido es que las virtudes y la expansión de la conciencia aumentan en cada etapa: se espera que el iniciado vaya dominando sus impulsos, ensanchando su compasión y comprensión, y despejando la ignorancia. Sin embargo, también aumentan las tentaciones sutiles y la posibilidad de caer desde mayor altura, como veremos más adelante.

### **Por encima de la ley: la “supra-moral” del iniciado y sus malas interpretaciones**

Uno de los puntos más fascinantes – y polémicos – de la senda iniciática es la idea de que, al alcanzar cierto nivel, el adepto queda “*más allá del bien y el mal*” en términos convencionales. Es decir, se afirma que un ser realizado trasciende la moral común y las leyes humanas. ¿Qué significa esto realmente?

En las tradiciones tántricas de la *vía de la mano izquierda* (*vāmācāra*), esta noción se expresa de forma vívida. Se dice que el verdadero *kaula* (el adepto supremo) actúa con absoluta libertad espontánea, sin estar sujeto a mandato externo alguno. Los textos indican que “*así como la suprema Shakti está más allá de toda dualidad, del mismo modo el kaula está más allá del bien y del mal, del honor y el deshonor, del mérito y el pecado, y de cualquier otro valor estimado por la gente ordinaria*”. Esto equivale a declarar que, una vez que uno ha alcanzado la consciencia de unidad (Shiva-Shakti), ya no le aplican las distinciones dualistas de la ética social. El adepto absoluto es llamado *svecchakari*, “el que actúa según su propia voluntad”, porque se considera que su voluntad está unificada con la Voluntad Divina. En otras palabras, *hace lo que le place* – pero he aquí lo crucial – *le place solo lo que está de acorde con lo divino*, pues ha purificado su naturaleza.

Llevar esta idea a la práctica es complejo. En la literatura tántrica extrema, encontramos prácticas deliberadamente antinómicas: rituales que incluyen consumo de sustancias

prohibidas, sexualidad no convencional, actos que violan tabúes religiosos, etc. Para el iniciado calificado (el *virya* o *divya*), estos rituales *no* serían vicios ni pecados, sino medios de trascendencia cuando se hacen con la conciencia adecuada. Por ejemplo, allí “*nada es prohibido*” para el *siddha*, porque se asume que “*él es señor de sus pasiones*” y no un esclavo de ellas. Como explica Evola, “*porque lo saben y se dominan a sí mismos, identificados plenamente con la Shakti, los adeptos kaulas son libres como esta energía suprema – llamados svecchācārin, ‘los que obran según su voluntad’*”. Viven en un estado en que incluso lo que para el hombre común sería causa de degradación (por ejemplo, beber vino o tener relaciones fuera de las normas) para el adepto no deja huella kármica, por así decir, porque su identificación con lo divino quema cualquier impureza. De ahí surge la imagen del yogui o santo “locamente sabio” (*divine madman*), incomprensible para la moral convencional.

Ahora bien, esta doctrina es fácilmente malinterpretada – a veces trágicamente. Que un auténtico maestro realizado pueda moverse con espontaneidad y sin apego a reglas rígidas es muy distinto a que cualquier aspirante (o cualquier charlatán) se declare por encima de la ley para justificar sus deseos egoístas. Existe un dicho clásico de san Agustín que aclara esta paradoja: “*Ama y haz lo que quieras*”. No es una invitación al libertinaje, sino que significa que si de verdad actúas desde el Amor (divino), entonces todo lo que hagas estará en armonía con el bien – pero *solo entonces*. El iniciado genuino, habiendo realizado la unidad con lo supremo, posee una brújula interna infalible: su conciencia ya no está separada de la ley universal (*dharma*). Por eso, algunas tradiciones dicen que el adepto está “más allá de la moral” en el sentido de que no necesita seguir ciegamente reglas externas, puesto que espontáneamente actúa de acuerdo al orden cósmico y la compasión. Es supra-moral, no a-moral, menos in-moral. Un ejemplo: un maestro iluminado podría romper un protocolo social (por ejemplo, asociarse con intocables, o beber vino sacralizado en un rito), pero lo haría sin egoísmo personal, quizás para enseñar una verdad o liberar a alguien de un prejuicio.

El problema es cuando esta idea cae en manos de quienes no han alcanzado ese nivel, pero la usan para racionalizar comportamientos egóicos o abusivos. Lamentablemente, la historia moderna de movimientos espirituales está llena de casos de supuestos gurús que, proclamando estar “más allá del bien y el mal”, incurrían en todo tipo de atropellos éticos. Aquí es donde vemos la “*torcedura del pseudo-maestro no iniciado*” que mencionábamos: el individuo que sin haber purificado su ego se autoproclama liberado de las leyes, cayendo en un *hubris espiritual* que termina perjudicando tanto a él como a sus seguidores.

Hubris es una palabra griega que significa *desmesura arrogante*, el orgullo insolente que hacía a los mortales creer que podían actuar como dioses desafiando el orden establecido. En la tragedia griega, el héroe que cometía *hubris* era inevitablemente castigado por *némesis* (la retribución divina). En contextos espirituales, podemos decir que cuando un aspirante, o incluso un maestro con logros parciales, cae en la *hubris* de creerse infalible o todopoderoso, esa misma soberbia siembra las semillas de su caída. “El poder corrompe” reza el adagio, y en el terreno espiritual el poder sin humildad corrompe doblemente – porque aparte de los daños mundanos, hay un estancamiento o retroceso del alma.

Un verdadero sabio, por contraste, suele mostrar humildad y equilibrio. En el budismo tántrico se habla de “*locura divina*”, sí, pero se aclara que la *sabiduría genuina nunca es*

*realmente locura: “no hay tal cosa como una Sabiduría ‘loca’, porque la sabiduría es el arte de estar cuerdo y equilibrado”*. En otras palabras, si un maestro actúa de forma totalmente perturbada, cruel o egomaniaca, alegando estar más allá de la moral, lo más probable es que no sea sabiduría auténtica sino simple desequilibrio – o, peor aún, manipulación deliberada. La *supra-moral* del adepto no tiene nada que ver con la *inmoralidad* del tirano espiritual. Para discernir entre uno y otro, el buscador debe mirar los frutos: ¿Emanan *compasión, lucidez y libertad* de este maestro, beneficiando a todos? ¿O más bien se observa *explotación, caos emocional y adoración ególatra* en torno suyo? Ahí radica la diferencia.

## **El hubris del pseudo-maestro: narcisismo espiritual y abuso**

Muchos de los peligros en los caminos espirituales surgen de una figura central: el falso maestro o pseudo-iniciado. Este es alguien que ocupa (o se arroga) el rol de guía o gurú sin haber superado las pruebas del ego, y suele sucumbir a la tentación de poder sobre los demás. En mi propio recorrido he visto casos donde un líder carismático empezó quizás con buenas intenciones, pero terminó creyéndose infalible, más allá de cualquier límite – desplegando un narcisismo dañino hacia sus discípulos.

El psicoanalista Daniel Shaw denomina “*narcisista traumatizante*” a este tipo de líder sectario que subyuga psicológicamente a sus seguidores. Basándose en su vivencia personal en un ashram abusivo, Shaw describe cómo tales gurús dominantes emplean la *persuasión coercitiva* y el encantamiento personal para someter a la gente. El resultado es que los adeptos bajo su influencia van perdiendo la capacidad de pensar críticamente, de confiar en su propio criterio moral, e incluso de reconocerse fuera de la visión impuesta por el líder. En palabras de Shaw, “*la capacidad de pensamiento crítico, de confiar o tener fe en uno mismo, incluso de conocer la propia brújula moral, se ve continuamente amenazada [en la secta]... Ser subyugado es ser cosificado, deshumanizado, controlado y explotado*”. El discípulo termina completamente dependiente, viendo al gurú como incuestionable. Mientras tanto, el pseudo-maestro suele racionalizar sus abusos con discursos espirituales: si grita o humilla, dice que es por el bien del discípulo; si explota sexualmente, lo presenta como una “*iniciación especial*” o una ruptura de tabúes para trascender; si vive en lujo a costa de la sangha, alega méritos kármicos o “*juego divino*”.

Existen patrones alarmantemente repetidos en estos falsos maestros, identificados por diversos investigadores y tradiciones. Podemos señalar algunas señales típicas de un pseudo-gurú:

- **No practica lo que predica:** predica pureza o desapego pero él mismo incurre en indulgencias mundanas evidentes. La brecha entre su enseñanza y su comportamiento es notoria.
- **Vive en la opulencia a costa de sus seguidores:** económicamente se beneficia de la devoción de sus discípulos, ya sea recibiendo donaciones excesivas, rodeándose de lujos, etc. Muchas veces justifica su *vida excepcionalmente cómoda* como parte del “*papel del maestro*”, mientras sus acólitos renuncian a todo.
- **Demanda adoración y sumisión absolutas:** fomenta un culto a su personalidad. Permite (o alienta) que lo traten como un ser infalible o divino, gozando del poder

sobre las vidas ajenasmundo-tradicional.blogspot.com. Suele establecer jerarquías rígidas en las que él está en la cúspide incuestionable.

- **Explotación sexual o cruces de límites íntimos:** tristemente común es el caso de maestros que “*toman ventaja sexual de sus seguidores*”, imponiendo relaciones con discípulas (o discípulos) bajo pretexto de transmitir energía o probar su entrega. A veces estas situaciones se presentan como “rituales secretos” o privilegios para los *elegidos*, generando abuso encubierto tras la fachada espiritual.
- **Atribución de títulos grandiosos y linajes falsos:** el pseudo-iniciado suele autoproclamarse con títulos rimbombantes – *Iluminado Supremo, Avatara Único, Maestro Mundial* – muchas veces sin respaldo real. Puede afirmar linajes místicos inexistentes para legitimarse. Esta fantasía alimenta su ego y recluta seguidores impresionables.
- **Aislamiento y control grupal:** establece dinámicas de control sobre los miembros del grupo, a veces separándolos de familiares o de información externa. Si alguien cuestiona o se aleja, es declarado enemigo o caído en desgracia, reforzando la lealtad por miedo. La crítica interna no es tolerada; el maestro *siempre tiene la razón*.

La suma de estos comportamientos retrata lo que Shaw llamaría un *sistema relacional de subyugación*: la comunidad devocional se convierte en la esfera donde el líder narcisista ejerce dominio total. Los daños para los discípulos pueden ser profundos – psicológicos, morales, económicos, sexuales. En muchos casos, los ex-seguidores emergen traumatizados, luchando por recuperar su autonomía e identidad tras años de manipulación.

¿Y qué hay del propio *pseudo-maestro*? Paradójicamente, él (o ella) también es víctima de su propia farsa, porque ha hipotecado su crecimiento espiritual real a cambio de gratificar un ego insaciable. El *hubris* del que hablamos le ciega. Como advierte la tradición sufi, “*todo verdadero maestro admite una jerarquía espiritual pero no la usa para distanciarse ni exaltar su ego; el falso maestro, en cambio, se coloca en un trono*”. Al carecer de un auténtico linaje iniciático que lo contenga y corrija, este individuo se pierde en su laberinto interior. Tarde o temprano, la realidad golpea: muchos falsos gurús acaban enfrentando escándalos públicos, colapsos de sus organizaciones, e incluso problemas legales o de salud mental. Es la proverbial caída de Ícaro que voló muy cerca del sol.

Este tema ha sido extensamente analizado en la literatura contemporánea sobre sectas y “falsos profetas”. Una y otra vez se concluye que el antídoto está en la vigilancia consciente de la comunidad espiritual y en la discernimiento (*viveka* dirían los yoguis) de cada buscador. No debemos idealizar a ningún ser humano al punto de rendirle nuestro juicio ético propio. Un verdadero maestro nunca alienta la *adoración personal ni la dependencia*, sino que apunta a la libertad del discípulo. Como bien se ha dicho: “*El verdadero gurú te hace depender de Dios (o tu Ser interior); el falso gurú te hace depender de él*”. Y mientras que el falso pide constantes pruebas de lealtad hacia su persona, el verdadero más bien te pondrá a prueba a ti – tus miedos, apegos y ego – para que crezcas. Un genuino iniciado podrá tener excentricidades, sí, pero no causará daño deliberado ni se situará fuera de la ética de la compasión.

## Pruebas y peligros en el sendero del discípulo

Así como existen peligros inherentes al ego de un maestro, también el iniciado o discípulo en sus distintas etapas enfrenta numerosas pruebas y trampas internas. De hecho, casi todas las tradiciones coinciden en que el camino espiritual es, por diseño, “*arduo y exige un cambio interno radical*”, como decía antes. No hay ganancias sin desafíos. A continuación, repaso algunos de los principales peligros que asechan al buscador y cómo se manifiestan:

- **La impaciencia y la búsqueda de atajos:** En el inicio, el aspirante puede subestimar la transformación requerida y ansiar resultados rápidos (iluminación instantánea, poderes, éxtasis místico). Esto lo hace vulnerable a caer en manos de *pseudo-maestros* que ofrecen justamente “recompensas atractivas” sin mucho esfuerzo. También puede llevarlo a prácticas peligrosas sin la debida preparación. La realidad es que el progreso genuino suele ser gradual; “*quien quiere acelerar la cocción del arroz con fuego demasiado fuerte, acaba quemándolo*”, dice un proverbio zen.
- **El orgullo espiritual y la autoimagen de elegido:** A medida que el discípulo avanza un poco – adquiere cierto conocimiento esotérico, experiencias meditativas, o incluso siddhis menores – surge la tentación del orgullo. Sutilmente puede empezar a sentirse superior al “común de la gente” (los *pasúes* en términos tántricos). Este *veneno del ego* es especialmente insidioso porque la persona cree estar siendo espiritual, pero en realidad alimenta su vanidad. La literatura teosófica advierte que *el aspirante serio debe vencer la ambición y el orgullo* como uno de los primeros requisitos. De lo contrario, el buscador se estanca en una especie de fantasía de ser “iniciado” cuando apenas comienza – un fenómeno bastante común en la era moderna, donde alguien lee unos cuantos libros ocultistas o tiene alguna vivencia psicológica intensa y ya se cree maestro iluminado. La humildad y la autocrítica constante son los antídotos necesarios en cada peldaño.
- **Fascinación con los siddhis o fenomenología psíquica:** Muchos manuales de yoga y misticismo incluyen advertencias sobre no desviarse persiguiendo poderes paranormales o visiones. Cuando el discípulo desarrolla algún nivel de concentración, es posible que experimente fenómenos inusuales (luces, voces interiores, premoniciones, etc.). Si se apega a ellos por sensación de especialidad, puede quedar atrapado. Patánjali en los *Yoga Sutras* clasificó los siddhis como obstáculos si distraen del objetivo final (la liberación). En el tantra, se dice que un virya auténtico *no busca la fusión con el demiurgo ni poderes para el ego, sino aislarse de la ilusión para obtener la Individualidad absoluta del Espíritu*. En resumidas cuentas, el foco debe permanecer en la purificación y la sabiduría, no en hacer gala de poderes ni en los fuegos artificiales de la psique.
- **Desequilibrios emocionales o psicológicos:** La práctica espiritual intensa remueve las energías internas y puede amplificar aspectos sombríos de la psique (la famosa “noche oscura del alma”). Sin guía adecuada, un aspirante podría sufrir ansiedad, depresión o incluso trastornos de la personalidad, confundiéndolos con estados iniciáticos o místicos. Tradicionalmente por eso se recomendaba la cercanía de un maestro genuino que supervise el progreso. En Occidente hoy también se valora el apoyo de la *psicología transpersonal*: entender que algunas crisis son parte del crecimiento, pero otras pueden requerir ayuda terapéutica. Discernir es vital: ¿Estoy

enfrentando una prueba para fortalecimiento del carácter, o me estoy hundiendo en un desequilibrio? En la senda puede haber riesgos físicos (p. ej. kundalini mal canalizada) y mentales. La moderación, la ética y el cuidado de la salud son esenciales para no naufragar.

- **Deslumbramiento y transferencia excesiva hacia el maestro:** Este peligro ya lo tocamos desde el lado del maestro; visto desde el discípulo, consiste en *idealizar* al guía al punto de entregar el propio poder personal. Si bien en muchas vías se pide confianza y entrega al maestro, esto nunca debe implicar apagar la propia consciencia. Un proverbio budista dice: “Si encuentras al Buda en el camino, ¡mátalo!” – indicando que uno no debe proyectar toda la iluminación afuera. El discípulo que cree que solo a través de esa persona encontrará la verdad, camina sobre hielo delgado. La devoción genuina hacia un instructor es hermosa, pero debe ir acompañada de discernimiento (*viveka*) y una comprensión de que el maestro verdadero, en el fondo, es *el Sí Mismo superior* que guía desde dentro. De nuevo, el auténtico maestro externo siempre redirige la luz hacia el interior del discípulo, no hacia sí.
- **La pérdida de contacto con la realidad cotidiana:** Algunos iniciados, en especial en etapas de fervor o después de ciertas aperturas de conciencia, pueden caer en el extremo de *rechazar el mundo* completamente. Esto puede llevar a actitudes escapistas o a descuidar responsabilidades básicas (familiares, laborales, de salud). Tradicionalmente, existen senderos monásticos de renuncia total que son válidos; pero incluso en ellos se enfatiza el equilibrio mental. Si un aspirante empieza a delirar con grandiosidad mística, a descuidar a sus hijos “porque todo es ilusión” o a quebrar su estabilidad material irresponsablemente, es probable que esté malentendiendo las enseñanzas. Muchas filosofías orientales enseñan la *no-dualidad* en el sentido de integrar lo espiritual con lo material, no de negarlo. En palabras del Tantra Kaula: “*la divinidad está presente en todos los aspectos de la existencia... la meta no es escapar del mundo material, sino experimentar lo sagrado en lo cotidiano*”. Así, un iniciado sano busca realizar lo divino también en su vida diaria, no huir neuróticamente de ella.

Enumerados estos desafíos, uno podría preguntarse cómo logran los aspirantes superarlos. Las tradiciones iniciáticas proponen una serie de **virtudes y disciplinas protectoras**: la ética (*yamas/niyamas* del yoga, preceptos morales universales), la humildad, la devoción pura, el estudio sabio, la autovigilancia constante de las motivaciones. En esoterismo moderno se habla de los “*Paramitas*” o virtudes trascendentes que el discípulo debe cultivar: generosidad, paciencia, discernimiento, energía, meditación y sabiduría, entre otras. Estas cualidades son escudo y espada contra los peligros. También se enfatiza la importancia de un grupo o *sangha* saludable, donde los compañeros en la senda se apoyen y corrijan mutuamente, evitando extremos.

## Conclusión

El camino iniciático es un sendero fascinante y exigente, lleno de promesas de transformación pero también sembrado de escollos para el ego. Hemos recorrido la idea de distintos niveles – desde el hombre común (*pasú*) hasta el adepto divino (*divya* o *kaula*) – entendiendo que cada peldaño implica tanto mayores libertades espirituales como la

necesidad de mayor responsabilidad y rectitud interior. Un auténtico iniciado, al alcanzar la cima, puede que esté “más allá” de las normas comunes, pero eso se debe a que encarna un orden superior, nunca porque ceda a la anarquía de sus caprichos personales. Como enseñan los sabios perennes, *cuanto más alto asciende la conciencia, más profunda es la humildad y el servicio*. El Maestro auténtico es aquel que, habiendo conquistado su yo inferior, vive para el bien de todos los seres – en cierto modo, él es *siervo* de la Ley divina, no su transgresor. En cambio, el falso maestro clama estar por encima de todo, pero es esclavo de sus propias sombras y pasiones, causando sufrimiento a su alrededor.

He hablado en primera persona aquí y allá, porque este tema no es meramente teórico para mí. He tenido la bendición (y a veces la dura lección) de conocer ambos tipos de guías, de vislumbrar la grandeza de *verdaderos iniciados* – cuya simple presencia inspira amor, paz, claridad – y también de ver de cerca la deformidad que puede adquirir la espiritualidad mal encausada en manos del ego. Cada uno de nosotros, como buscadores, debe desarrollar una brújula interna afinada para distinguir lo real de lo ilusorio. Esa brújula se imanta, creo yo, con la sincera búsqueda de la verdad, con la oración o meditación humilde, y con no traicionar nunca el sentido común ético que nos recuerda la dignidad inviolable de cada ser.

En Occidente, a veces miramos a Oriente idealizando sus gurús y yoguis; y en Oriente, muchos miran a Occidente fascinados con su libertad y modernidad espiritual. Quizá el punto medio sea reconocer que la *Sabiduría* no es de Oriente ni de Occidente, sino patrimonio de la humanidad entera – y que los caminos iniciáticos, con sus variantes culturales, al final convergen en la misma cumbre. En palabras de un *Gran Iniciado* según Schuré: “*Existen muchos senderos en la ladera de la montaña, pero una sola cumbre bañada por el sol de la Verdad*”.

Recorrer ese sendero iniciático exige coraje de héroe (*virya*), pureza de santo (*divya*) y discernimiento de sabio (*siddha*). Y si tropiezas, recuerda: el error forma parte del aprendizaje. La clave está en no perder de vista el norte interior, ese amor y anhelo de lo divino que te hizo comenzar el viaje. Si permaneces fiel a eso – más allá de maestros externos, pruebas o tentaciones – el mismo camino te irá revelando sus guardianes genuinos, sus aliados inesperados y, finalmente, te revelará que el maestro que buscabas siempre ha estado habitando en ti, dentro de tu corazón. Amén.